

montaña son los únicos vestigios que revelan haberse levantado allí antiguamente una fortaleza; por el lado del Este tenía el recinto por defensa natural la escarpada peña, y por el punto en que era más accesible protegíala un foso abierto en la roca. Es de creer que era este castillo uno de los que, con los nombres de Trex y Tauro, menciona Strabón como inmediatos á Jericó y fueron destruídos por Pompeyo, colocando el otro en las márgenes del Ued-el-Kelt, en el punto culminante del Kharbet-Kakum; dicéase en el país que los cruzados separaron y utilizaron el de la montaña de la Cuarentena, el cual formó parte de la línea de fuentes que defendían el territorio, sobre todo por el lado del Este. Los canónigos del Santo Sepulcro eran entonces los dueños de la montaña, y el convento en que moraban los Frailes llamados de la Cuarentena contaba para sí y para cubrir los gastos que ocasionaba el hospedaje de los peregrinos con los diezmos de Jericó.

Si la subida á esta montaña extremadamente alta, derecha y escarpada es difícil y peligrosa, mayores peligros y mayores dificultades preséntanse al bajar. El viajero puede apenas mantenerse en pie, pues el camino está cubierto de piedras y guijarros que ruedan cuando se los toca.

Los betlemitas, una vez satisfecha su devoción que á ella los conduce, estando ya el sol muy bajo en el horizonte, descienden al pie de la montaña. Entonces se dispone todo para la comida; las mujeres amasan la pasta; se arrima al fuego la marmita llena de arroz, y se da vueltas al succulento carnero en el asador. Esta cocina instalada al aire libre, exhala un olor que, en caso de necesidad, despertaría sin duda el apetito. Después de una trabajosa jornada y de una abundante cena, el sueño no se hace esperar mucho. Cada cual, pues, extiende con gusto sus fatigados miembros sobre la dura tierra, sin cuidarse lo más mínimo de la hiena que anda por allí rodando.

Al día siguiente, muy de mañana, se da la señal de marcha. Esta multitud de hombres, mujeres, niños, mulos, camellos..., se pone al instante en movimiento para internarse de nuevo en los resbaladizos senderos que al través de escarpadas colinas conducen á la llanura vecina de sus moradas. Desde aquélla óyense ya los tiros de la población, que sale en masa al encuentro de los peregrinos. Cuando éste tiene lugar se aumenta sobremanera el regocijo, y entonando cánticos de acción de gracias, entra al fin triunfalmente en Belén. El árabe es hablador y muy amigo de largas narraciones é historias maravillosas. Durante interminables veladas el peregrino del Jordán se complacerá en contar á sus amigos reunidos los más menudos incidentes de este viaje.

Nosotros para completar la idea de su fisonomía, no nos alejaremos del famoso río sin emprender, volviendo á la vega al descender de la montaña, una excursión rápida y corta, á la ribera opuesta, á las tierras de Ammón y Moab, al país de Galaad ó Perea, que todos estos nombres tuvo el territorio situado á Oriente del Jordán.

V

Atravesado el río por el vado de Jericó halla el viajero las tierras de los antiguos Ammonitas, poseídas hoy por tribus nómadas que las recorren en todas direcciones: campamentos de beduinos, miserables aldeas de árabes sedentarios, y muy pocas ciudades de escasos moradores, las que abatidas y silenciosas, más que centros de población parecen vastos cementerios vense actualmente allí donde en otros tiempos se levantaron florecientes y populosas capitales.

Después de dos horas de marcha por un país llano y abundante en pastos llega el viajero á Naslah, donde serpentea delicioso arroyo, en cuyas márgenes se encuentran evidentes restos de un acueducto; en la falda de cercana colina se abren varias cuevas sepulcrales. Divísanse á la izquierda las aldeas de Nemrieh, *Beth-Nimra* en hebreo, y Beit-Haram, *Beth-Haran*, á la que Herodes llamó Julias en honor de la emperatriz, y á la derecha se divisa la aldea de Kefrein, *los dos pueblos*, nombre en opinión de algunos derivado de la vecindad en que estaba Naslah, la población antigua y la moderna de aquel modo apellidada.

Allí el camino entra en la sierra, y subiendo siempre, pasando valles y atravesando puertos, llégase á la pendiente que baja al valle de Aarak-el-Emyr, situado á 446 metros sobre el nivel del mar y dispuesto en forma de anfiteatro. En las laderas de los collados que lo forman crecen frondosos encinares.

Llaman en aquel punto la admiración del viajero los restos de alcázar construído por el rey Hircano; las piedras que forman su base son enormes, y M. de Saulcy leyó en una inscripción semítica la palabra *Araqviah*, lo cual revela que primitivamente se llamaría este sitio, en vez de Aarak-el-Emyr, Aarak-Yah, ó sea *Roca de Jehová*. La índole de estas ruinas y de los vastos subterráneos del alcázar han hecho presumir al mismo autor que Hircano se limitó á aprovechar para su defensa un abandonado templo ammonita allí existente desde antigüedad remotísima, haciendo en él las reparaciones del caso. Y en efecto, aun pueden reconocerse por lo que se diferencian de la obra primitiva. El

castillo entre los beduinos es conocido con el nombre Kasr-el-Aabed, *Palacio del esclavo negro*, y el estanque inmediato, seco desde Dios sabe cuanto tiempo, con el de Meydan-el-Aabed. Hircano puso á su palacio el de Tiro, que llevaba en griego la Sur fenicia.

A poco más de tres horas de la salida de Aarak-el-Emyr, habiendo pasado por pintoresco valle, y dejado á uno y otro lado numerosas ruinas que cubren los inmediatos cerros, experimenta el viajero la gratísima sorpresa al encontrarse á la entrada de una ciudad romana que acabase de sufrir un terremoto, habiendo perecido en la catástrofe todos los moradores. Es el Kalaah. De esta acrópolis sólo subsiste un muro de enormes sillares y una torre cuadrada que domina las amontonadas ruinas de termas, templos, alcázares, teatros, pórticos, columnatas que se suceden sin intervalo en la extensión de un cuarto de legua. La ciudad era dividida en alta y baja por el viaducto conocido con el nombre de Narh-ez-Zerka ó Yaboc. En la margen derecha levántase un teatro capaz para seis mil espectadores, que es el que mejor se conserva entre aquellos arruinados edificios.

Son aquellas las ruinas de la antigua Rabbat-Ammón, capital del reino de Bassán, en el que reinaba Og, de gigantesca estatura, cuando fué aquel territorio teatro de las triunfantes expediciones de los israelitas antes de pasar el Jordán. Alcanzóla la tribu de Gad; pero continuó la guerra entre los vencidos pero no subyugados ammonitas é hijos de Israel. Jefe los encerró en sus fronteras; Saul peleó con ellos distintas veces, y Joab marchó también contra los enemigos sempiternos del pueblo escogido; luego que David acudió de Jerusalén con refuerzos para su general, se apoderó de una parte de la ciudad. La corona del ídolo de Molok pasó á manos del vencedor, y los moradores de Rabat perecieron á filo de espada. Volvió más tarde esta ciudad á poder de los ammonitas, acaeciéndose su destrucción total el año 588, ó sea, después de la toma de Jerusalén por Nabucodonosor. Reconstruída más tarde por Ptolomeo II Filadelfo, rey de Egipto, quien la dió el nombre de Filadelfia, fué convertida en ruinas por violentos temblores de tierra.

Dejando atrás la fuente ó Ain-Ammán éntrase en espacioso valle, encontrando á uno y otro lado escombros de extinguidas poblaciones. Llegase en tres horas á Neur, cuyas ruinas revelan haber sido una ciudad importantísima de la antigüedad. Antiguo camino intransitable conduce á Khesbet-el-Al, ó sea, la antigua Elealch, que casi como todas las ciudades del país es montón de ruinas, y de allí á Hesbán.

Hesbán es la antigua Hesbón, ciudad floreciente en la invasión israelita, y era residencia de Sihón, rey de los amorreos. A este rey envió

Moisés mensajeros de paz pidiendo paso, prometiendo no desviarse del camino real hasta más allá de la frontera por campos ni viñedos ni beber agua de las cisternas; la negativa del rey, como en otro lugar queda dicho, fué llevado á trance de batalla, apoderándose de Hesbón los israelitas. Tiempo después cayó en poder de los maobitas, y perteneció otra vez al reino judaico en la época de los Macabeos.

Las ruinas de Hesbón conservan vestigios de un templo, de una torre cuadrada y de grandes columnas. Un vasto recinto formado con gruesos sillares tiene todas las apariencias de construcción árabe; existen aún medio cegadas numerosas cisternas y varias sepulturas abiertas en la peña, que sirven actualmente de asilo á los beduinos pastores.

Siguiendo casi siempre el espacioso valle que se atraviesa yendo de Na-ur á Hesbón y dejando el territorio de los árabes Aduán para entrar en el de los Beni-Sakhr, llegase en menos de dos horas á las ruinas de la antigua Midba y llevan el nombre de Kharbet-Madeba. Midba era primitivamente ciudad moabita, conquistáronla de los amorreos los israelitas y fué asignada á la tribu de Rubén.

Junto á Midba derrotó David á los ammonitas y á sus aliados sirios. Habiendo sabido David que el rey de los ammonitas había muerto y que su hijo reinaba en su lugar, dijo en su corazón: «Yo haré misericordia á Hanón, hijo de Naas, según á mí también me hizo su padre (en el tiempo de su destierro).» Y le envió embajadores para que le consolaran de la muerte de su padre. Pero cuando los servidores de David llegaron al país, los príncipes de los ammonitas dijeron á Hanón, su Señor: «¿Creéis que David ha enviado sus embajadores acerca de vos para honrar á vuestro padre? ¿No vendrán por ventura, con objeto de hacer reconocimientos en la ciudad y acaso destruirla?» Por causa de esta insinuación, Hanón cogió á los servidores de David, les afeitó la mitad de la barba, les cortó la mitad de sus vestidos desde los pies hasta la cintura, y así los mandó.

Sabido es que la persona de los embajadores es sagrada é inviolable. Es como tratado solemne en que interviene la fe pública de todos los hombres, la cual puede delegarse libremente para tratar de la paz ó de la alianza, ó de los intereses comunes de los Estados; y violar esta ley, consagrada por el derecho de gentes, que ni la misma barbarie la ha podido borrar entre las almas más groseras, sería declararse enemigo público de la paz, de la buena fe y de toda la naturaleza humana. El mismo Dios está interesado en esta injuria como protector de la sociedad del género humano, y de tal suerte que la que se infiere á los embajadores, no solamente es una perfidia, sino una especie de sacrilegio.

El rey de los ammonitas violaba, pues, la ley más sagrada de la humanidad, y la violaba de la manera más indigna, no solamente despidiendo medio desnudos á los embajadores de David, sino afeitándoles la mitad de la barba. En las ideas del antiguo Oriente, es una afrenta por cima de la cual no se puede imaginar una cosa más injuriosa. Todavía hoy entre los orientales, sobre todo entre los árabes, la barba es una señal de dignidad y de libertad; se corta á los esclavos y á los cautivos; permitirles que se la dejen crecer, equivale á darles libertad. Se ve en Homero, que los que suplican, tocan respetuosamente la barba de aquellos de quienes imploran alguna gracia. El mayor tormento que los espartanos pudieran imaginar contra aquellos que huían por cobardía del enemigo, era obligarles á que se presentasen en público con la mitad de la barba afeitada. Se comprende, pues, que David sintiera tanto la injuria hecha á sus embajadores.

Los ammonitas, sabían bien que las cosas no iban á quedar en este estado. Compraron, al precio de mil talentos de plata, veinte mil hombres de entre los sirios de Rohaby de Soba, mil al rey de Maecha, y doce mil del país de Job; entre todos treinta y dos mil hombres, que combatían parte á pie, parte á caballo, y otra parte sobre carros de guerra armados.

Los ammonitas se reunieron también de todas sus ciudades, uniéndose á aquella multitud un considerable número.

Habiéndose dado de esto aviso á David, envió contra ellos á Joab con sus mejores tropas. Los ammonitas se habían ordenado en batalla á las puertas de la ciudad de Medaba; los sirios formaban un cuerpo separado en el llano. Joab, pues, viendo preparados á los enemigos para el combate, de frente y de espalda, tomó las mejores de sus tropas, confiando el resto del pueblo á su hermano Abisai, para marchar contra los hijos de Ammón, y le dijo: «Si los sirios me atacaran vendrás á mi socorro; pero si los hijos de Ammón prevalecieran contra tí yo iría por mi parte á salvarte. Ten valor, y seamos varones esforzados por nuestro pueblo y por las ciudades de nuestro Dios.»

Dióse la batalla, y los sirios huyeron delante de Joab. Lo cual, visto por los ammonitas, escaparon igualmente delante de Abisai, y entraron en la ciudad. Joab, por su parte entró en Jerusalén.

Viéndose así abatidos los sirios por los israelitas, se reunieron de todas partes, y Adazer ó Adarecer, que era como un señor feudal, hizo venir los que estaban del otro lado del Eufrates. Sobac, jefe de la milicia, mandaba toda la confederación. Habiéndolo sabido David, juntó á todo Israel, pasó el Jordán, les dió la batalla, les cogió setecientos ca-

rrros, y les hizo prisioneros ó mató á cuarenta mil infantes y otros tantos de á caballo; Sobac fué del número de los muertos. A la vista de tan sangrienta derrota, todos los reyes que estaban al servicio de Adarecer hicieron la paz con Israel, se sometieron á su obediencia, y no volvieron á prestar socorro á los ammonitas.

Un año después de este combate, envió David á Joab con sus oficiales y todas las tropas de Israel, quienes asolaron el país de los ammonitas y sitiaron á Rabbath, que era la capital. Cuando estuvo á punto de entregarse, Joab, no menos diestro cortesano que hábil general, envió mensajeros cerca de David, que había quedado en Jerusalén, diciendo: «He atacado á la ciudad de Rabbath y está á punto de entregarse. Ahora, pues, reunid el resto del pueblo y venid á sitiarla para que os apoderéis de ella, para evitar si cae en mi poder me vea precisado á ponerla mi nombre.» Reunió, pues, David todo el pueblo y marchó contra Rabbath, y después de algunos combates la tomó. Quitó la diadema de la cabeza del rey de los ammonitas, que pesaba un talento de oro y estaba adornada con piedras muy preciosas, y fué colocada sobre la cabeza de David. Sacó también de la ciudad grandes despojos. Respecto á sus habitantes, le dió orden de abandonar la ciudad, y les puso á tirar de los trineos de hierro de que se servían para apelear el trigo, les hizo cortar madera, y los ocupó en hacer ladrillos y en cocerlos al horno. De igual manera trató á todas las ciudades de los hijos de Ammón. Así es como puede entenderse el texto original con los sabios intérpretes Buller, Bergier, Duclot.

A mediados del siglo IX de nuestra era volvió Midba á poder de los moabitas, y tiempo después es mencionada una población nabatea. Sitióla Hircano apoderándose de ella después de seis meses de sitio. En a época cristiana fué sede episcopal. Todas sus ruinas quedan reducidas á los vestigios de un recinto colosal que parece haber sido estanque de un gran castillo y á los de dos templos.

Hasta hace poco fué universal la creencia de que el monte llamado por el Deuteronomio Abasin y Nebo existía en la sierra que se alza al noroeste de Madeba y de Hesbón: no hallando ningún cerro que llevase el nombre de Nebre los peregrinos y viajeros que con diligencia han buscado la montaña desde donde Moisés contempló la tierra prometida, se confundió el santo monte con el Djebel-Aturus.

Discutan los autores cuanto quieran, lo cierto es que uno de los montes que se levantan en aquel llano fué el lugar donde ocurrió el gran suceso que relata la Sagrada Escritura. Desde aquellas cumbres descúbrese extenso panorama formado por la sierra de Hebrón hasta